
Sentido e importancia de la formación académica*

*José Roberto Arango L., S.J.***

Una circunstancia nos reúne aquí: la inauguración oficial de este año lectivo de 1998. Este comienzo hemos querido que sea ante todo una celebración de la fe que nos une. En este contexto, son varios los elementos que se condensan y que dan a este momento una densidad específica, un sabor particular:

– *La situación estructural y coyuntural* de nuestro país, marcada primero por una organización económica, social y política que ha generado hondas y violentas desigualdades, y un momento electoral bastante confuso en el que se busca salirle al paso a la corrupción, rito cotidiano de nuestro país con el cual se rinde honor al ídolo de los ídolos: el dinero.

– El segundo elemento que nos ayuda a dibujar el cuadro de nuestra celebración es la Eucaristía del Espíritu Santo, soplo y fuego que nos impulsa a la misión que tenemos entre manos en nuestra facultad.

– El tercero y central *Jesucristo* mismo, presente en esta comunidad educativa, convertida en este momento en asamblea reunida en torno a él, quien hoy nos habla

* Homilía en la eucaristía de inauguración del año lectivo 1998. Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, 20 de febrero de 1998. Comentario al texto de Isaías, 42, 1-8 y Lucas 4, 16-21.

** Licenciado en Filosofía y Letras y Diplomado en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá; Licenciado en Sagrada Escritura, Pontificio Instituto Bíblico, Roma; Decano del Medio Universitario de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana.

de su *misión a impulsos* del Espíritu Divino, ese mismo que animó al deuteroisaiás comprender la misión del siervo ferviente de Yahwéh como un compromiso pacífico por establecer la justicia y el derecho en la tierra.

– Finalmente, como elemento de encarnación en el aquí y ahora, *nosotros mismos*, comunidad cristiana educativa que se sabe impulsada por el Espíritu para seguir empeñada en la misión de Jesucristo en el mismo sentido y con las mismas características que expresó el Señor aquel sábado en la sinagoga de Nazaret, basado en Isaías 61.

La convergencia de todos estos aspectos en este momento celebrativo suscitan en mí algunas reflexiones que quiero compartir con ustedes.

I. TOMA DE CONCIENCIA DE LA RESPONSABILIDAD QUE TENEMOS ENTRE MANOS

Lo primero que viene a mi interior es la toma de conciencia de la grave responsabilidad que tenemos entre manos. Nosotros, como cristianos, somos Jesús, *así nuevamente encarnado*, instrumentos en las manos de Dios para que Él siga actuando en nuestra historia particular, para que, impulsados por el Espíritu Santo que hemos recibido en el bautismo, dejemos transparentemente que reine el Señor.

El empeño académico que nos reúne aquí en los comienzos de las labores de este año, no puede tener otro norte que discernir con seriedad y compromiso, la presencia de Dios en esta avalancha de muertes y atrocidades que cada día nos echa encima la prensa hablada y escrita, y que ya casi ni nos sorprende. Es muy frecuente encontrarnos con creyentes desprevenidos que nos preguntan: ¿por qué Dios permite que sucedan estas cosas tan terribles que nos toca ver a diario? Si Jesús inauguró el Reinado de Dios en este mundo, ¿por qué seguimos en esta situación tan desastrosa? ¿Por qué Dios es indiferente ante esta realidad de nuestra patria y del mundo entero?

Podríamos contentarnos con respuestas de cajón, aprendidas de memoria, o con algunas elegantes evasivas. Pero seríamos mediocres e irresponsables con la misión que tenemos. Sólo si abordamos seriamente las preguntas que nos plantea la realidad, en relación con la voluntad salvífica de Dios, con la Vida en abundancia que él nos da en Jesús, con la gracia y el Espíritu que ha sido derramado en nuestros corazones, podremos responder adecuadamente con palabras y con nuestra propia

vida a los interrogantes actuales, y podremos dar razón creíble de la esperanza que nos mueve en medio de una sociedad que hasta nosotros mismos deshauciamos como si Cristo se hubiera vuelto de espaldas a nosotros.

Todos los cuestionamientos que vienen a nosotros desde las ciencias, desde la sociología, la economía, la antropología, la filosofía, etc., son para tomarlos en serio como oportunidad de crecimiento de nuestra fe y de nuestro compromiso vital para permitir que el Reino de Dios aparezca aconteciendo, pues, aunque lo contrario se nos antoje más evidente, el Reino de Dios ya está entre nosotros.

II. EL COMPROMISO DE DIOS EN JESÚS CON LOS MÁS POBRES, CON LOS DESPLAZADOS DE LA SOCIEDAD

Una segunda reflexión, de ninguna manera nueva, pero que por débil y perseguida, es necesario sacarla a la luz una y otra vez: el compromiso de Dios en Jesús con los más pobres, con los marginados, con los desplazados de la sociedad, con aquellos que nosotros mismos hemos desechado y esclavizado. Es el decidido compromiso de Dios por establecer la justicia y el derecho, es decir, por conformar una sociedad de hermanos donde mostremos que somos hijos de un mismo Padre en la forma como organizamos nuestra convivencia en los niveles económicos, políticos y sociales.

Hace 30 años la Iglesia Latinoamericana en Medellín, impulsada por el entonces recientemente finalizado Concilio Vaticano II, declaró su opción preferencial por las mayorías pobres de nuestro subcontinente. Sin duda, esta reunión eclesial canalizó las inquietudes pastorales de muchos laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes de América Latina y dio una gran vitalidad al compromiso de la Iglesia. Signo de ello son los numerosos mártires que podemos contar hoy entre aquellos que se unieron a la voz profética de los obispos de Medellín y de los que acogieron su llamado en Puebla y Santo Domingo. El siervo sufriente de Yahweh, ese Jesús nuevamente encarnado en la Iglesia latinoamericana y en muchos hombres y mujeres de buena voluntad, que entregaron su vida por los más pobres, ha podido encontrar pies y manos, corazón y boca para continuar su misión. La opción por los pobres, antes que ser una opción de la Iglesia, ha sido, es y será una opción del Dios que sacó de la opresión a Israel y que se le presentó siempre con esa tarjeta de identidad: «Yo soy Yahweh, que te saqué de Egipto».

Hoy, cuando nos formamos en la academia para servir mejor a Dios y a los hombres, debemos tomar conciencia de que debemos hacerlo pensando en aquellos que la sociedad de hecho ha dejado de lado.

El Vice-Gran canciller, Provincial de la Compañía de Jesús, lo expresaba claramente al iniciar la visita a la Universidad Javeriana, a la que propone ponerse al servicio de un proyecto de auténtica humanidad, que, para que sea a la vez concreto y universal, debe construirse desde los excluidos.

Esta responsabilidad frente al mundo, frente a Colombia no se construye en abstracto, requiere un análisis riguroso para comprender la realidad, para responder con pertinencia a sus desafíos. Exige igualmente una práctica real y asidua de encuentro con todos los fenómenos y problemas de la sociedad, con los diversos grupos humanos; y pide, especialmente, que tengamos la capacidad de ubicarnos; como lo hicieran tantos otros, en el camino de la inteligencia, descubriendo que la *Universalidad* de un proyecto común se construye desde los excluidos... El servicio solidario y respetuoso a favor de la causa de los más pobres y excluidos no es únicamente un asunto de la sensibilidad y de la generosidad del corazón; es también el auténtico camino de la inteligencia¹.

Tenemos, pues, una gran responsabilidad ante Dios, ante los más pobres de nuestra sociedad y ante todos los hombres y mujeres de nuestra patria. Pero esta responsabilidad no pesa sobre nosotros solos. Es Cristo mismo quien continúa con ella sobre sus hombros, nuestros hombros. Por ello podemos caminar confiados y al mismo tiempo alertas y dispuestos a emprender todo lo que la vida nos va poniendo en el camino para permitir que su misión continúe siendo eficaz. Parte importante de esos medios es la academia, el estudio, la discusión, las lecturas, la confrontación con la pastoral, etc.

Sigamos caminando por estos senderos de nuestra Facultad y de nuestras comunidades y grupos de referencia asidos de la mano del Señor. Confiamos

1. Discurso del P. Horario Arango, S.J., Provincial de la Compañía de Jesús y Vice-gran Canciller de la Pontificia Universidad Javeriana, en la inauguración de su visita a la Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 6 al 13 de febrero de 1998. Ver Arango, Horacio, «La Universidad Javeriana de cara al nuevo milenio» en *Theologica Xaveriana* N° 126 (este mismo número).

nuestras entradas y salidas al Espíritu Santo para que nos de el don del discernimiento y del seguimiento fiel del Señor. Pidamos a nuestra Señora de la Esperanza que nos dé una mirada limpia para ver la presencia de su Hijo Jesús en nuestra realidad y una vida transparente para anunciar el Reino de Dios aconteciendo en medio de una realidad tan terriblemente desgarrada, de manera que podamos contribuir al fortalecimiento de la fe y de la esperanza en este nuevo cautiverio que hoy vivimos.